

de Moravia, se trasladó á Ferrara. Hubo tambien otra causa, y fué el que tratándose de la union de la Iglesia Griega con la Latina, convenia facilitar á los obispos griegos su venida al concilio, la que se les dificultaba por la lejanía de los puertos para ir á Basilea. En Ferrara comenzó el año de 1438. Lo presidió el mismo papa Eugenio, y asistió á él Juan Paléologo, emperador de Oriente, así como el patriarca de Constantinopla y ciento cincuenta obispos. En sesiones sucesivas se disputaron los puntos en que no convenian los griegos con los latinos, y venciendo éstos con la refutacion de los errores de los griegos, se consiguó que se efectuase la union de la Iglesia Griega con la Latina, confesando los griegos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un principio; y que el papa es la cabeza de la Iglesia universal. Esta union se celebró ya en Florencia, á donde por último se habia trasladado el concilio por la peste que sobrevino en Ferrara.

P. ¿Qué suceso lamentable vino á contristar á toda la cristiandad á mediados de este siglo?

R. El de la toma de Constantinopla por Mahomet II. Regia el imperio de Oriente Constantino Paléologo, y habia roto varias veces con singular valor los ejércitos de los turcos. Habian estos sufrido; pero tomaremos el hilo de la historia de mas arriba.

Ya vimos en la narracion de los sucesos del siglo catorce cómo se habian apoderado ya los turcos, bajo el imperio de Orcán, de casi todas las provincias del Asia Menor pertenecientes al imperio de Constantinopla, muy cercanas á su capital; y bajo el imperio de Bayacetes, de la Thracia, Macedonia, Bulgaria y Valaquia; de modo que

no faltaba mas que la toma de Constantinopla y la invasion del resto de la Grecia para acabar con el imperio griego ó de Oriente.

No era este solo el mal; sino que, dueños del Helesponto y establecidos en el continente europeo por aquella parte, podian ya entrarse por la Hungría, Polonia, Alemania y demas reinos del Norte, que desde entonces se encontraron en la necesidad de resistir al turco con las armas, sosteniendo contra él muchas y muy sangrientas guerras.

Como en esta region la Hungría era la mas inmediata, desde muy luego tuvo que hacer frente á los turcos, repeliendo la fuerza con la fuerza en defensa de su religion, su nacionalidad y su soberanía. Reinaba entonces en Hungría Uladislao, y mandaba sus ejércitos el esclarecido Juan Huniades, uno de los generales mas valientes y acreditados que ha habido en el mundo; y tanto, que él solo con sus húngaros fué el dique que contuvo la invasion y que no pudieron vencer las armas victoriosas de los turcos.

Reinaba sobre éstos Amurath II, vencedor de Mustafá, á quien disputó el imperio. Este Amurath habia ganado varias victorias á los príncipes griegos. Uno de éstos, que tenia sus dominios en Albania, temiéndolo como enemigo, le habia reconocido como á su soberano y entregádole á sus dos hijos como en rehenes de su fidelidad; pero no le valió esta humillacion, pues á su muerte, Amurath se apoderó de sus estados. El menor de los hijos de aquel príncipe, se ganó todo el afecto de Amurath por su gallarda presencia, noble porte, y gran fuerza y valor para la guerra. Llamábase Jorge Castrioto, y Amurath le puso el nombre de Scanderberg y le hizo instruir en el mahome-



tismo; pero Jorge no lo abrazó de corazon: era cristiano, y ansiaba por volver á unirse con los cristianos, esperando ocasion en que pudiese hacerlo.

Poco tardó esta; pues invadiendo Amurath la Hungría, se dió una gran batalla entre él y Uladislaó, rey de aquella nacion, que con el intrépido Juan Huniades salió á recibirle. Dióse esta batalla el año de 1443, y la victoria se declaró por los húngaros, con gran mortandad de turcos: esta ocasion aprovechó Scanderberg; se pasó al ejército cristiano, y logró tambien recobrar á Croya, capital de sus estados, la que supo conservar con gran valor contra todo el poder de Amurath, á quien venció repetidas veces; aun haciéndole levantar el sitio que en una de ellas habia puesto á la ciudad de Croya. Amurath, apesadumbrado por sus derrotas, se dió á la bebida y murió de apoplegía en 1451.

Sucedióle su hijo Mahomet II, quien, queriendo reparar las pérdidas de su padre, proyectó apoderarse de Constantinopla: reunió un grande ejército de tierra y una poderosa armada en el mar, y con ambas fuerzas llegó por fin á poner el sitio á la ciudad. El emperador Constantino, que habia previsto bien este caso, no se descuidó en sus fortificaciones y armamento para la defensa; pero como sus dominios estaban ya tan reducidos, no pudo sostener un sitio de esta naturaleza; cincuenta y cuatro dias resistió los feroces ataques de los turcos, sin que desmayase su valor ni su vigilancia y disposicion en las faenas militares; pero á pesar de todo, logró el turco abrir brecha y entrarse en la ciudad. Entonces Constantino, viendo á los turcos dentro, quiso hacer el último esfuerzo; tiró de su espada y se arrojó sobre ellos, con ánimo de repelerlos

ó de morir matando: sucedió lo segundo, pues pasado de heridas, murió peleando valerosamente. Con esta desgracia acabó de perder el aliento la guarnicion de la plaza, y Constantinopla fué entrada por todas partes, pasando el vencedor á cuchillo mas de cuarenta mil personas, y dándola luego al saqueo y á la violacion de los templos y de las vírgenes por tres dias continuos.

Así acabó el imperio de Oriente, que duró 1119 años, en el 29 de Mayo de 1453. Mahomet fijó en Constantinopla la silla de su imperio, y por lo pronto permitió á los cristianos el ejercicio libre de su religion. Quiso despues llevar sus armas victoriosas sobre la Hungría y apoderarse de Belgrado; pero saliéndole al encuentro el grande Huniades, se trabó una batalla muy sangrienta, que costó á los turcos cincuenta mil hombres, quedando la victoria por Huniades y salvando con trabajo la vida el mismo Mahomet. Este emperador fué muy dado al estudio de las lenguas, llegando á saber con mucha perfeccion la arábiga, la pérsica, la caldéa, la griega y la latina. A pesar de esta derrota, Mahomet extendió mucho sus conquistas, y fué esta la época en que el imperio turco llegó al apogeo de su grandeza; de la cual, sin embargo, comenzó á decaer á poco tiempo, siendo principio de su decadencia la pérdida del reino de Granada en España.

P. Referidnos este suceso interesante á la cristiandad y á aquella nacion.

R. Reinaba en castilla y Leon Doña Isabel, princesa de mucho mérito y de tan elevado espíritu, talento claro, y generosidad, que parecia nacida para el trono, y aun para las empresas marciales. Casó con D. Fernando, príncipe de Aragon, que tenia tambien el dominio de Sicilia,



y adquirió luego el de Navarra y Nápoles. Vínole la corona de Aragon por muerte de su padre D. Juan II en 1479, cuando ya llevaba mas de cuatro años de ser rey de Castilla por su matrimonio con Doña Isabel. Con la corona de Aragon le vino tambien el condado de Barcelona y el dominio de las islas de Mallorca, Menorca é Iviza; de suerte que estos jóvenes esposos pudieron ya intitularse, y en efecto se intitularon, reyes de España. Tomaron tambien el título de reyes católicos.

Aumentados en fuerzas, en hacienda y en crédito, acometieron la empresa de conquistar sobre los moros aquel reino. Dieron los moros el primer motivo echándose sobre la villa Zahara contra la fé de los tratados; por lo que, reuniendo sus fuerzas bélicas D. Fernando y Doña Isabel, abrieron la campaña tomando por asalto el castillo y pueblo de Alhama en 1482; favorecian esta empresa las guerras civiles que se habian encendido en Granada, y por resultado de las cuales fué depuesto del trono el rey Albohacen y coronado en su lugar su hijo Mahomad Boabdil. Batiéronle los reyes católicos en varias acciones, hasta llegar á hacerle prisionero en una de ellas; si bien se prestaron á darle libertad con el ánimo de que con su presencia continuase la division de los partidos, que facilitase la conquista del reino. Sucedió así en efecto: Fernando é Isabel siguieron avanzando en la reconquista, mientras los moros regaban las calles y plazas de Granada con su propia sangre; sin embargo de que no dejaban de acudir á la defensa de los puntos que invadian las armas españolas. Ganaron estas la ciudad de Velez junto á Málaga; luego sitiaron á esta ciudad y se apoderaron de ella en 1487. Rindieron despues á Guadix y Almería, y por último, los

reyes victoriosos pusieron sitio á Granada. Resistióse esta cuanto pudo; llamó en su auxilio tropas africanas; pero todo fué inútil: el ejército español era ya muy fuerte y aguerrido, y la presencia de Fernando é Isabel inspiraba nuevo aliento y valor á los soldados. Así es que, reducida la ciudad á los últimos plazos por el hambre y por la mortandad de sus defensores, se rindió, en fin, á los reyes católicos en 1492, saliendo el mismo rey Boabdil á entregar sus llaves.

De este modo concluyó la dominacion de los moros en España, que habia durado 778 años.

P. ¿Qué acontecimiento nuevo y aun primero en su línea vino á sorprender al mundo hácia á los fines del siglo décimoquinto?

R. El descubrimiento de un nuevo mundo, de que no se tenia noticia en el antiguo.

P. Parece increíble que en tantos siglos como habian pasado desde el diluvio hasta esta época, no se tuviese noticia en el mundo antiguo de la existencia de esta otra parte del globo.

R. Increíble parece, en efecto, tal ignorancia; pero el hecho fué ese, y las célebres columnas que Hércules alzó en Cadiz, en que estaba grabado el *non plus ultra*, no hay mas tierra, no habia habido quien las derrocasse y desmintiese su arrogante aserto, hasta que el célebre genovés Cristóbal Colon surcó las olas del Atlántico en 1492, y descubrió primero las islas que están á la entrada del Golfo Mexicano, y despues gran parte de la costa continental de nuestras Américas. Sin embargo, no faltaron sospechas en algunos filósofos de la antigüedad de que hu-



biese aun mas tierra habitada en el globo; y tanto, que este es el asunto de la célebre Atlántida de Platon.

P. Decidnos el pormenor de este descubrimiento.

R. Si no supiéramos que en el orden de la Providencia nada sucede por acaso, pudiéramos decir que habia sido muy casual; pero no se así, porque aunque el medio puesto por esta misma Providencia sea el de una cosa sucedida acaso, el todo de la obra era un objeto que miraba muy de lleno el Supremo Hacedor y Provisor del universo. Este fué el caso.

Hallábase en la isla de *Madera* Cristóbal Colon, y hospedó en su casa á un portugués, que desde las costas de Africa habia sido arrojado por una tempestad á los confines de tierras no conocidas: este le dió noticia de aquel pais y aun las cartas que habia formado en la navegacion de su regreso. Despues de esto murió, y Colon, que tenia ya muchos conocimientos en la náutica, la cosmografía y la astronomía se halló con aquellos avisos vivamente incitado á hacer un viage de mar por el Atlántico hasta donde pudiese dar vista á esas tierras desconocidas de que se le habia hablado; pero como sus facultades no eran para una empresa de este tamaño, se dirigió al rey de Portugal para que le habilitase de buques, gente y dinero, y autorizase la empresa. El rey despreció esta como un desvario, y lo mismo hizo el rey de Inglaterra, á quien Colon se dirigió en seguida.

Viendo esto el genovés, se dirigió á los reyes católicos de España, Fernando é Isabel, quienes por fin admitieron la propuesta y dieron á Colon tres navíos equipados, y el dinero necesario; dinero que hubieron de pedir prestado, porque los gastos de la guerra de Granada tenían

exhausto el erario. Con esta armada partió Colon, é hizo los descubrimientos que hemos dicho, resultando de ellos la adquisicion de la isla de *Cuba* y otras para la corona de España.

Con el buen éxito de esta expedicion, el rey de Portugal envió el año de 1500, á un florentino que se llamaba *Américo Vespuci*, y este descubrió nuevas costas en la América meridional, que son las que ocuparon los portugueses y en que fundaron el imperio del Brasil. Por Américo Vespuci se llamaron *Américas* las Indias Occidentales.

En 1519, Fernando Magallanes, portugués, pasándose al servicio del rey de España, hizo otra expedicion, dirigiendo su rumbo hácia la misma costa de la América meridional, cuyo estrecho pasó, llamándose por él *Estrecho de Magallanes*. Tuvo esta expedicion otra gloria, y fué la de haber llegado á dar la vuelta al mundo, si bien con pérdida de las mas naves y de su gefe Magallanes, que fué muerto á traicion por los bárbaros de una isla. Solo una nave concluyó el viage al cabo de tres años; tenia por nombre *Victoria*, y su capitán se llamaba Sebastian Cano, natural de Vizcaya. De semejante modo se descubrieron muchas costas de la India Oriental por el famoso Vasco de Gama al servicio del rey de Portugal; pero aunque por esta parte tambien adquirió Portugal dilatadas posesiones, nada iguala á las que vinieron á la corona de España con la adquisicion de la mayor parte de las Américas Septentrional y Meridional, que hacen verdaderamente un mundo. Un escritor italiano hace sobre esto una reflexion, que hoy ha llegado á un grado de evidencia bastante perceptible para el hombre que piensa. Dice aquel autor que Dios premió con el nuevo mundo el celo



de los españoles en extirpar el mahometismo y arrojar de su país á los enemigos del nombre cristiano. Lo que á nuestro juicio hace evidente esta reflexion es, que cuando los españoles decayeron del catolicismo, perdieron el dominio de las Américas.

P. ¿Cuál es la reflexion mas importante y que mas toca á la historia de la religion?

R. La de que el descubrimiento y la conquista de las Indias Occidentales y Orientales, fueron en los designios de Dios, el medio de que se acabase de predicar el Evangelio en toda la tierra, y hecho esto, viniese ya el fin de los tiempos y el juicio universal.

P. Para esto no era necesaria la conquista.

R. Es cierto; pero Dios es árbitro para servirse de un medio ó de otro; y si este fué de su agrado, ¿quién podrá decirle, para qué haces esto? Por otra parte, á Dios place usar de medios obvios y naturales; ¿y qué cosa mas obvia y natural que comunicar su catolicismo una nacion católica?

P. ¿Qué santos resplandecieron mas en este siglo?

R. San Francisco de Paula, fundador del orden religioso de los Mínimos; San Antonino, arzobispo de Florencia, escritor de mucho nombre; San Lorenzo Justiniano, obispo muy caritativo y limosnero; San Bernardino de Sena, escritor; San Juan Capistrano, tambien célebre escritor: este santo llevó la bandera sagrada en la batalla que ganó Juan Huniades sobre los turcos, matándoles cincuenta mil hombres. Fueron tambien de este siglo San Diego de Alcalá, Santa Rita de Casia, San Juan Sahagun y el venerable Tomás de Kempis.

P. ¿Qué aspecto presenta el siglo diez y seis?

R. Sumamente funesto por una parte, y por otra sumamente feliz y halagüeño, por sucesos de gran tamaño y mucha trascendencia, cuyas consecuencias hacen gemir al mundo todavía por la parte del mal, y por la del bien le dan el único consuelo que hoy puede tener.

P. Darnos en lo general la idea de aquel mal y de este bien.

R. La del mal consiste en que á principios de este siglo vomitó el infierno el monstruo mas horrendo en la persona del heresiarca Lutero, troncó, debe decirse, de todas las venenosas ramas que han inficionado é inficionan aún al mundo antiguo y gran parte del nuevo; y la del bien, consiste en que á principios tambien de este siglo recibió la fé de Jesucristo el mundo nuevo, y conservó floreciente por tres siglos la religion divina, haciendo con ello contrapeso á la infidelidad é impiedad progresivas del antiguo, y retardando los efectos de la ira divina, justamente indignada contra los hombres por los excesos escandalosísimos del mundo viejo. Mas como el bien de la religion que recibieron estos países vino robustecido con la reaccion que en la misma Europa hizo el catolicismo contra la heregía, y esta reaccion aun no ha perdido toda su fuerza, por eso decimos que es hoy el único consuelo, y la única esperanza del mundo.

P. Darnos ya la historia de este siglo.

R. Comenzó bajo el pontificado de Alejandro VI, quien murió en 1503, sucediéndole un papa que solo vivió veintiseis días. Tomó el nombre de Pio III, y el que le siguió se llamó Julio II. Era italiano, y reinó nueve años, tres meses y once días. Como la Italia estaba dividida en facciones, y la Francia comprometia á cada paso á Roma



por las guerras que había mantenido y aun mantenía en Nápoles, trataron los cardenales de elegir un papa animoso y de carácter firme que supiese sostener el estado y aun imponer á los reyes y príncipes, y Julio II correspondió bien á esta mira, pues con su valor y presencia de ánimo sostuvo su causa, y aun la hizo triunfar, convocando el concilio general quinto de Letran, que condenó las actas del conciliábulo de Pisa, sostuvo la autoridad pontificia y dió otros decretos importantes para el arreglo de la disciplina eclesiástica. Julio II no vió concluida su empresa, ni terminado el concilio de Letran, pues murió cuando celebraba éste su quinta sesión; pero sí dejó restablecidos sus dominios con el auxilio de algunos príncipes y del emperador, habiendo llegado á expulsar enteramente de Italia á los franceses.

Julio II concibió y comenzó la grandiosa empresa de la reedificación de la iglesia de San Pedro, que es una de las maravillas del mundo moderno. También dió nuevo impulso á la restauración de las ciencias y de las artes, que tomaron mucho vuelo en el pontificado siguiente. Como su espíritu propendía á la restauración del orden, prohibió en todos sus estados el inhumano uso del duelo ó desafío, fulminando excomunión y pena de privación de sepultura eclesiástica á los contraventores. La sublimidad de su talento y fecundidad de su ingenio, se prueba en que supo abrir el paso á un nuevo orden de ideas en el gusto y la literatura, que pusieron en fuga las viejas fantasías y preocupaciones de la edad media.

P. ¿Quién sucedió en el trono de San Pedro á Julio II?

R. Leon X, florentino, de la casa de Médici, electo

á los treinta y siete años de su edad. Esperábasele también guerras de mucha importancia en el territorio de Italia, entre el emperador de Alemania y el rey de Francia; pero en ellas no tuvo que obrar activamente el papa Leon, y su política solo consistió en no dejarse destruir con el choque de las potencias rivales, y en defenderse de las opiniones que se mezclaron en los sucesos políticos. En medio de estas vicisitudes fundó la grandeza de un siglo que ha conservado su nombre, llamándose el Siglo de Leon X. Era sin disputa un hombre extraordinario y lleno de aquel espíritu que arrebató y guió á los pueblos y aun á los hombres eminentes hácia el grande objeto de sus altos pensamientos, que no era otro que el de la ilustración que prestan la religión, la moral y la ciencia.

Aunque en la guerra de Francia con Alemania el papa había podido estar á la defensiva, al fin hubo de tomar parte, y la suerte de las armas que á los principios le fué favorable contra la Francia, le fué después adversa, en términos de hallarse á riesgo de sucumbir con todo el estado pontificio, y aun puede decirse, con toda la Italia. Esta situación lo obligó á firmar un tratado con Francisco I, rey de Francia, por medio del cual salvó los Estados de la Iglesia y contuvo los triunfos que los franceses hubieran alcanzado sobre el resto de Italia.

No fueron solo las guerras las que affigieron el ánimo de Leon X; un enemigo formidable estaba ya para lanzarse á la arena y luchar á brazo partido con él. Martin Lutero, salido como un jabalí del bosque para destruir la viña santa del Señor, esparcía en la Alemania sus errores y desplegaba su inaudita audacia para hincar su venenoso diente en la misma cabeza de la Iglesia. Era natural de



Eisleven, nacido en 1783 de padres pobres y de profesion humilde, de quienes se ve que no recibió educacion, pues siempre se le advirtió falto de principios, grosero, mal hablado y atrevido aun con los personajes mas distinguidos y con el mismo papa. A los catorce años fué Luthero á Magdeburgo, donde una muger caritativa le dió una flauta y una guitarra para que ganase la vida de cantar, como lo hizo, recorriendo las principales ciudades de Alemania. No dejó entre tanto de procurarse algunos estudios, y como un rayo matase á un amigo que estimaba mucho, aterrado entró de religioso en un convento de agustinos, profesó y recibió el órden sacerdotal. El nuevo y sublime estado no mejoró su condicion, y el vicario general mismo de su órden entrevió el mal espíritu que le dominaba. El cargo de predicador que se le dió lo hizo mas audaz, y su soberbia llegó al colmo cuando recibió la borla de doctor.

Como le agitaba un mal espíritu y no buscaba el bien de las almas, hizo del púlpito un medio de engrandecerse con la fama de buen predicador, y esta soberbia le precipitó en el error, que comenzó á esparcir en sus sermones en 1517, cuando contaba treinta y cuatro años de edad. Sus errores fueron espantosos: atacó al sacerdocio, á los sacramentos, á las obras de piedad y religion, á la autoridad del papa, al valor de las indulgencias, á la justificacion del hombre por la penitencia, y no hubo dogma de esta especie que no vulnerase atrocemente, ni testo de la Escritura que no violase y corrompiese para autorizar su heregía.

Un heresiarca tan desenfrenado en medio de un pueblo católico no debia haber tenido sectarios de una doctrina tan monstruosa; pero le favorecieron dos circunstancias:

una, que por todas partes se hablaba de la necesidad de una reforma en la Iglesia, por los abusos que se habian introducido en ella, y él se aprovechó de esta predisposicion, para vender sus errores como artículos de reforma; y otra, el que muchos príncipes de Alemania llevaban á mal el engrandecimiento del papa y deseaban minar su potestad á cualquiera costa; así es que encontrando en Luthero el hombre que necesitaban para poner en práctica su depravado intento, le favorecieron con todo su poder, y Luthero, apoyado y sostenido por ellos, pudo ya jugar las armas del error y la insolencia á cara descubierta.

Leon X conoció bien la grandeza del mal que habia abortado en el centro mismo de la Europa y á tan poca distancia del trono pontificio; pero este mismo conocimiento le hizo temer las medidas de rigor, y procuró por cuantos medios pudo atraer con la blandura al desenfrenado Luthero; pero viendo que este se precipitaba cada dia mas y mas, y que la clemencia lo hacia insolente é incorregible, fulminó contra él el anatema en su célebre bula que comienza: "*Levántate, Señor, y juzga tu causa.*" En ella condena los errores heréticos y las palabras blasfemas é impías de Martin Luthero, y establece la excomunion para todos aquellos que creyeren y defendieren tal doctrina.

Esta condenacion llevó á Luthero al último grado de exasperacion; colérico y frenético subia al púlpito y vomitaba los mayores insultos contra el papa, blasfemaba de nuevo y reproducia sus erróneas proposiciones, que solo podian ser acogidas del pueblo por la licencia de costumbres á que abrian la puerta, para que cada uno diese rienda suelta á sus pasiones y viviese en la inmoralidad, de la